

Robert Bresson, mi querido tirano

LAURA FERNÁNDEZ

BARCELONA.- El verano de 1965, dos años antes de casarse con Jean-Luc Godard, Anne Wiazemsky escribió un diario a petición de su abuelo, François Mauriac. «Si ese señor Bresson decide ponerse desagradable, escribir un diario es fabricar un arma formidable», le dijo el Nobel de Literatura. Sabía de lo que hablaba. Françoise Gilot, ex mujer de Picasso, acababa de publicar las memorias de su matrimonio. «¿Qué venganza, qué venganza más maravillosa!», consideró. Pero su nieta ya no le escuchaba. Estaba demasiado entusiasmada con el sí de Bresson.

El cineasta la había elegido para protagonizar *Al azar Baltasar*, su octava película, cautivado por su belleza y, sobre todo, por su inocencia. Anne acababa de cumplir los 18. Se sentía «fea e inútil» y no se atrevía a soñar con convertirse en actriz. «Me aterra pensar qué habría sido mi vida si no me hubiera cruzado con él, no concibo mi vida sin él», dice, cuatro décadas después de aquello, con un ejemplar de *La joven* (El Aleph), su homenaje (que no venganza), a Bresson en las manos.

Wiazemsky, que tras el derrumbe de su inocencia durante su primer rodaje, trabajó como actriz durante los siguientes 25 años (a las órdenes de Godard, Pasolini, Goldschmidt y Téchiné), se pasó a las letras a finales de los 80. «¿Por qué no escribí esta historia antes? Porque no me apeteció. Hasta hace un par de años no tuve ganas de volver a aquel rodaje», asegura.

¿Qué motivó su regreso? «Primero, la muerte de Bresson. Y en segundo lugar, una entrevista con Jany Holt, una de las protagonistas de *Los ángeles del pecado*, que me hizo darme cuenta de que Bresson era un personaje novelesco», explica. De ahí surgió la novela, porque *La joven* es una novela, no una autobiografía. «Soy demasiado joven para escribir una autobiografía», dice la actriz, de 61 años.

Una novela sobre el fin de la

La actriz Anne Wiazemsky, antigua musa del cineasta francés, retrata su atormentada relación en 'La joven'



Anne Wiazemsky, musa de Robert Bresson y esposa de Jean-Luc Godard. / U. ANDERSEN

adolescencia. Un fin abrupto, en su caso. De la mano del autoritario, celoso y posesivo Bresson, que no quiso separarse ni un segundo de ella: «Se portaba así con todas sus actrices, aunque en mi caso la situación llegó a ser extrema».

Wiazemsky pasó de casta jovencita a lolita descarada. «Durante las semanas que duró el rodaje, me sentí libre por primera vez en mi vida, sentí que era yo únicamente lo que importaba, no tenía pasado ni familia. Estaba allí y punto», recuer-

da. Pese a que la relación que mantuvo con el cineasta, de 64 años por entonces, rozó la pederastia, la actriz no sintió que estuviera robándole «algo». «Fue una relación equilibrada. Yo di y él me dio. Por eso, este libro es un homenaje a todo lo que le debo y no una especie de venganza», considera.

Para Wiazemsky, lo que intentaba hacer el cineasta era «recuperar la juventud perdida». Lo ha entendido ahora, cuando está a punto de cumplir la edad que él tenía por entonces. Eso sí, llegó a intimidarla su obsesión. «Quería que estuviera siempre a su lado, y me regañaba si pasaba tiempo con otra gente. Hizo cosas que me escandalizaron, pero nunca llegué a odiarlo. Fue muy bueno conmigo», recuerda.

Cuando finalizó el rodaje, Bresson había construido una especie de cárcel en torno a su niñula. «Me hizo prometer que sólo trabajaría con él y cuando rompí la promesa, dejó de hablarme», cuenta Anne. Rompió la promesa en 1967, cuando se casó con Jean-Luc Godard y protagonizó su siguiente película, *La china*.

«Cuando me casé con Jean-Luc, me dijo que estaba cometiendo un error, que era demasiado mayor para mí. Y lo decía precisamente él», recuerda Wiazemsky. Después de aquello, no volvieron a verse hasta 15 años después. «Pero cuando nos vimos fue como si nada hubiera pasado. A partir de entonces, la relación continuó como si no se hubiera roto nunca», cuenta.

En la novela, además de su primer encuentro con Godard (al que recuerda por su «cara tristonera de un huérfano») y de su complicidad con Florence Delay, otra de las actrices fetiche de Bresson, la joven Wiazemsky narra su primera vez. Lo hizo con un joven del equipo y, a partir de entonces, «dejé de darme miedo de la manera en la que me trataba Bresson, empecé a jugar con el deseo y me sentí más libre», recuerda. Así echó el cierre a su pubertad y dio la bienvenida a su vida adulta.

Clara Sánchez instala a la Bella Durmiente en Marina D'Or

ÁNGEL VIVAS

MADRID.- Se ha dicho muchas veces: los temas de la literatura son cuatro o cinco, y toda la narrativa universal son variaciones sobre esos grandes temas. Uno es el de la persona que sale de casa, vive aventuras y tarda mucho tiempo en regresar. El arquetipo lo dio la *Odissea*, y a ese esquema obedecen *Robinson Crusoe* y *Pulgarcito*, por ejemplo. Si la aventura del protagonista transcurre mientras duermo, podemos estar ante *La vida es sueño* o *La bella durmiente*.

La novela más reciente de Clara Sánchez (*Presentimientos*, Alfaguara) sigue ese hilo. Pero como ella es una mujer de su tiempo, el contexto no son mares procelosos, islas desiertas o montañas remotas, sino uno de esos entornos que definen la vida moderna. Si la autora de títulos como *Piedras preciosas*, *Últimas noticias del paraíso* o *Un millón de luces*, ya había reflejado la vida en los edificios de oficinas o las grandes superficies, ahora ha escogido una de esos laberínticos complejos de vacaciones del levante español.

«Eso no es premeditado, me ha ido saliendo solo», dice Clara Sánchez. «Los lugares de mi tiempo son éstos, no las catedrales ni los palacetes. Creo que en esos lugares se está construyendo una nueva mitología y una forma de relacionarnos y de ver la vida. Pero es en mi octava novela cuando me doy cuenta de que esos entornos definen mi modo de escribir».

Pesadilla kafkiana

Salir y extraviarse, entrar en un estado de sueño o en una situación que lo cambia todo. A los modelos citados puede añadirse Kafka, cuyo personaje más conocido se despertó una célebre mañana en una situación, digamos, anómala. «Me identifico mucho con la vena kafkiana», dice Clara Sánchez. «Tengo la sensación de que la vida es como una pesadilla y de que los sueños son muy reales. La idea de que todo es un sueño explica mucho». La novelista ha dicho que, en la historia de *La bella durmiente*, lo que le interesa es lo que le pasa a la princesa mientras duerme. En cierto modo, es lo que ha querido reflejar en *Presentimientos*.

«Lo que creo que aporta la novela es que hay un gran fondo de racionalidad en el sueño de la protagonista, impuesto por la realidad. Al estar dormidos, recibimos información, se sedimentan los recuerdos. Freud dice que los sueños explican la realidad; en mi novela es al revés, la realidad explica los sueños».

Fiel a su estilo, Clara Sánchez ha escrito una novela desprovista de retórica, con poca adjetivación, pero llena de los detalles que definen la vida de los personajes, y con un lenguaje que no desdén las expresiones coloquiales. «Yo escribo en mi tiempo», explica, «aunque me gustaría que mi novela tuviera algo universal, que fuera reconocible en Japón, o dentro de 100 años. Una novela no está en una atmósfera cero, sino que refleja muchas cosas del autor y de su mundo».

DECADENCIAS / LUIS ANTONIO DE VILLENA

Con Lorca en la República

Carlos Morla Lynch (1885-1969) fue un diplomático chileno que, tras una etapa en París, donde también entró en contacto con los medios culturales -Cocteau fue siempre su amigo-, cayó en Madrid como agregado cultural de su embajada en los últimos tiempos de la Monarquía (1929) y vivió los avatares de la República y los terribles inicios de la Guerra Civil. Ahí termina su diario, en septiembre de 1936, pero sabemos que él se quedó en Madrid para ayudar a los refugiados en su embajada -de ambos bandos, aunque simpatizará más con los republicanos- hasta 1939. Tanto amó Morla Lynch a España que, al jubilarse de su vida diplomática en Chile, se vino a vivir a Madrid y aquí murió y aquí está enterrado. Hombre refinado, liberal en todo, amigo de la cultura y de las artes, Carlos Morla perte-

neció a esa singular clase de personajes que son ante todo «testigos de su tiempo», y que contándolo se realizan...

Morla trabó muy íntima y cercana amistad con Federico García Lorca y a su lado y al de sus amigos vivió los convulsos y fecundísimos años republicanos.

Basándose en el diario que llevó en esa época Carlos Morla Lynch publicó en Madrid y en 1957, *En España con Federico García Lorca*, uno de los libros más vitales y amenos que se han hecho sobre el período. Ahora lo ha recuperado en hermosa edición Renacimiento de Sevilla, con un prólogo curioso sobre las *Relaciones literarias entre Chile y España* y, sobre todo, resti-



Federico García Lorca.

tuyendo al libro los muchos cortes que le infligió la censura franquista, con lo que bien podemos decir que esta es la primera edición cabal de *En España con Federico García Lorca*, fragmentos de vida rescatados del tiempo sin perder un ápice de su vitalidad asombrosa.

El fondo es, claro está, el continuo enmarañamiento político de esos años llenos de incompreensión y odios cainitas. Pero delante está la vida activa y ciclométrica de Federico y su muerte terrible. Está la vitalidad asombrosa de una cultura: *Altolaguirre*, *Neruda*, *Cernuda* -con sus «mariposas negras» y su amante *Serafín*-, *Unamuno* (encontrado en Salamanca), *Neruda* que se enamoró de la Genera-

ción del 27 como parte propia, *Rosa Chacel*, *Ortega* -que impone a Morla- *D'Ors*, *Alberti*, *Maruja Mallo*... Un pedazo de vida cuyo eje es un Lorca vivísimo y activo, que dice «tremendo», ante todo lo que le asombra y seduce. Un Lorca genial, íntimo y cotidiano como nunca.

El libro (grande) se lee de un tirón con su apéndice de cartas (Lorca, Neruda, Cocteau) y de fotos. El libro de un mundo que fue y no pudo ser y que nos deja cada vez más la angustia de lo que vendría. Cena en casa de los Morla cuando asesinan al diputado derechista *Calvo Sotelo*. Consternación general, condena natural también de los contrarios. Y esta terrible frase de Morla, que jamás entenderá tampoco el asesinato de Federico, duende y niño: «Sensación de que el mundo se viene abajo en España». Imprescindible.